

Iom Kipur

Por Rab. Marcelo Polakoff

Un tiempo atrás me encontré con alguien a quien no veía hace unos cuantos años. Después de los abrazos, los saludos y las preguntas típicas acerca de la familia, el trabajo, la salud y demás, me dijo: "La verdad es que estás bárbaro, ¡no cambiaste nada!".

Evidentemente, él no estaba igual, ya que por lo que dijo me di cuenta de que al menos la vista le fallaba bastante.

De cualquier manera, acepté el piropo como tal, porque lo que quería sugerirme, creo suponer, era que yo tenía la misma pancita que antes, todo el pelo –y casi todo del mismo color–, y así sucesivamente. Digamos que por lo menos me mantenía.

Y sin embargo, en el contexto de estos 10 días sagrados que median entre el Año Nuevo Hebreo (*Rosh Hashaná*) y *Iom Kipur* (el llamado "Día del Perdón"), esa frase, en lugar de ser un piropo, queda inscripta como un gran fracaso.

Porque si nos estamos presentando ante el Creador en función de un balance anual espiritual en el que creemos que somos juzgados –y esperemos, perdonados– lo ideal sería que Dios nos escrutinie y nos diga "La verdad es que estás bárbaro, ¡cambiaste un montón!".

Ya lo decía el rabi Bunem: "No me gustaría cambiar mi lugar por el de nuestro patriarca Abraham.

¿Qué ventaja tendría para el Todopoderoso si Abraham fuera el ciego Bunem y yo fuera Abraham? En lugar de esperar que eso suceda, creo que debo intentar crecer un poquito para ser un poco más Bunem de lo que hoy soy".

Hay un detalle pequeñito, pero muy ilustrativo en el texto bíblico, que nos aumenta la luz sobre este tema.

En el libro del Éxodo, el faraón les pide a Moisés y a Aarón cuando recién se presentan ante él: "Tnu lajem mofet", cuya traducción literal sería: "Muestren algún portento para ustedes". ¡Qué extraño! Lo lógico habría sido que les pidiera que le muestren alguna maravilla para él y los miembros de su corte.

Pero el faraón era muy astuto. Sabía muy bien que para que alguien sea respetado, esa persona más que sorprender a otros, debía tener la especial sabiduría de poder asombrarse a sí mismo.

El soberano del imperio más poderoso del momento tenía muy en claro que el mayor poder que tiene el ser humano es el de poder sorprenderse a sí mismo. El faraón conocía a los magos egipcios, y sabía que maravillaban y dominaban a otros a través de sus trucos.

Pero aquel que es capaz de hacerlo consigo mismo, ése es otra cosa. Porque no trabaja con lo que ya fue visto ni con lo que ya ha sido hecho. Y porque sus herramientas son justamente aquellas cuestiones que todavía no han sido dadas a luz. Allí es donde yace el asombro más trascendente, que es lisa y llanamente el de poder ser lo que aún no se ha sido.

El problema, o mejor dicho uno de los problemas que tenemos con la idea de descubrirnos distintos, es que en general pretendemos modificar a los demás, sin darnos cuenta de que, a duras penas, tan sólo podemos hacerlo con nosotros mismos.

Por eso, tendríamos que colgar en estos días en las sinagogas ese cartelito que aparece al.

Por eso, tendríamos que colgar en estos días en las sinagogas ese cartelito que aparece al lado de algunos cajeros, en los que está escrito: "Revise el cambio antes de irse". Porque bien vale la pena y el ayuno en revisar lo que hacemos con nuestros cambios, y lo que dejamos de cambiar por no animarnos a hacerlo.

El rabi Elimelej una vez les preguntó a sus discípulos: ¿Saben cuál es la distancia entre el Occidente y el Oriente? Después de varias respuestas fallidas y de un poco de silencio, continuó: "Solamente una vuelta de rostro". Por eso, tal vez la peor transgresión que solemos cometer los simples mortales no se acerca siquiera un poco al peor crimen del que prácticamente todos somos culpables, que es el de poder dar la vuelta en cualquier momento, y no tener el privilegio de hacerlo.

Días sagrados. Días en los que Dios nos invita a dar una vuelta.

¡Gmar Jatimá Tová!

Extraído de: http://www.masortiamlat.org/flyer/5771-iomkipur_spa.pdf